PQ6536
.M6
V35
1816

LIBRO VI.

Todos los que estaban escuchando, quedáron sorprendidos de admiracion. Sus corazones se enterneciéron, y se sintiéron íntimamente penetrados de una respetuosa sumision hácia Valdemaro y Ulrica-Leonor: sumision que procuráron manifestar con bien espresivas demostraciones. Inmediatamente comenzó Valdemaro su his-

toria. Contó la muerte que envuelta en veneno le dió á su padre, entre las delicias de un convite, el mayordomo cohechado por Cristerno; la enorme maldad de poner preso secretamente al hermano, para atribuirle el infame crímen del parricidio; los desórdenes sucedidos en el pueblo; el destierro de Andrónico y de otros zelosos ministros; los trabajos que padeció en la cárcel; el modo con que su hermana le puso en libertad; el naufragio que padeció; el arribo á

la primera isla; y como fué acogido en el mismo navío. Sucesivamente contó lo que le acaeció en la quinta de Gésner, el modo con que llegó á la isla donde estaba Andrónico, las maravillas que le refirió de Alberto, la partida de la isla á causa de sus predicciones, y cuanto le aconteció hasta que fué recogido en el navío.

Despues que Ulrica-Leonor enjugó las lágrimas, que le hiciéron derramar los sucesos de su hermano, dió principio á su historia en esta forma. No tar-

dó á saber Cristerno la libertad de Valdemaro; y rezelando que Regnan y otros caballeros de superior nota habian cooperado á ella, los condenó á la misma cárcel que sufrió Valdemaro. ¿Que fortuna podia caberme, cuando era yo la principal autora de su libertad? Sujeta al capricho feroz de un infame parricida, viéndole burlarse de mis suspiros, y maldecir las lágrimas que me arrancaban la muerte de mi padre y la desgracia de mi hermano, ¿como podia esperar otra co-

sa que martirios y tormentos?

Llegó á tal estremo la indignacion de Cristerno, que me ví forzada á dejar el palacio. Ordené secretamente, que se aderezase una nave para que me condugera á la Suecia, adonde, como sabeis, habia enviado á mi hermano. Embarquéme con felicidad, entre el silencio y tinieblas de la noche. Mis deseos no podian prometerse navegacion mas tranquila, que la que nos concedia el cielo. No me cansaba de darle gracias,

porque me habia dado lugar, para apartarme de un hermano que se alimentaba de crueldades y delitos, y que prontamente habria bañado sus feroces manos en mi sangre. Pero ¡triste de mí! Cristerno supo inmediatamente mi huida, y rabiando de furor, despachó al siguiente dia una nave con órdenes dirigidas al comandante de mi navío, para que al recibo de ellas tomase la vuelta para Copenhague.

Una breve detencion que hicimos, para dar algunos reparos á nuestro

navío, dió lugar á que nos alcanzase el enviado por Cristerno. Comandábale Brunswick, hombre adulador que, cooperando vilmente en las maldades de mi hermano, se habia sabido ganar su afecto; y solícito en hallar nuevos modos con que agradarle, venia resuelto á poner en práctica su violenta providencia, pareciéndole, que de cualquier suerte que lograse conducirme á Copenhague, se grangearia nuevas recomendaciones para su privanza.

Publicó inmediatamente la órden que llevaba, y el capitan de mi navío, despues de haber consultado conmigo, y sondeado los ánimos de su gente, respondió con intrepidez, que de ninguna manera torceria su destino, y que todos los suyos estaban resueltos á ofrecer sus vidas al rigor de las espadas, ántes que abandonar á Ulrica-Leonor á la furia de su hermano.

Esta respuesta llenó de temor y confusion á Brunswick, y sin resolver, se volvió á su navío á to-

mar consejo. Los de nuestra nave quedáron con cuidado, para observar los movimientos de los contrarios, y cuando esperábamos señal para el combate, notamos que la discordia se habia apoderado ya de los ánimos de todos ellos. Desde el borde de nuestra nave estábamos mirando el sangriento destrozo que hacia la muerte. ¡Que horror! Por huir del furor de las espadas, cuyos violentos golpes oíamos no sin dolor, se arrojaban al agua muchos de los combatientes. ¡Cuantos cuer-

pos truncos vimos caer precipitadamente en el mar! ¡cuantos cubiertos de sangre iban vanamente luchando con las olas! Yo misma ví á un jóven bizarro, atravesar con su espada el pecho de Brunswick.

Muerto este, se cubrió el navío de un pavoroso silencio; solamente se percibian agudos gritos y lastimosos ayes. Abordamos á él, y vimos los funestos estragos de la revolucion. Toda la cubierta estaba llena de heridos; unos partida la cabeza, y caida la mitad sobre el

pecho: otros se revolcaban desesperados, forcejando inútilmente por arrancarse la espada que todavía tenian atravesada: cual estaba vomitando sangre por narices y boca, y cual tenia cortados los brazos inhumanamente. ¡Ay de mí! mi corazon desfallecia con tan sangriento espectáculo; y la memoria de Cristerno que lo habia ocasionado, me llenaba de indignacion.

Entre los pocos que habian quedado exentos de los golpes de las espadas, era uno el jóven que mató al capitan. Llamábase

BIBLIOT. PUBLICA DE NUEVO

Federico, y doblando la rodilla, me dijo con gentil desembarazo: podeis, señora, seguir vuestro destino con seguridad. Ya no existe ese enemigo de vuestro descanso, ni ninguno de los infames aduladores que le seguian. Yo fuí el primero que me opuse abiertamente á la resolucion que queria tomar, de combatir con vuestro navío, para poder llevaros, con vida ó sin ella, á la presencia de vuestro hermano. Los que se preciaban de nobles y de leales, desenvaynáron al ins-

tante la espada para defender vuertra causa y la mia: los contrarios, infame y cobarde chusma de aduladores, empuñáron tambien la suya, para defender á su capitan; y ved ahí como se trabó el choque, cuyas funestas resultas estais mirando. Estas pocas reliquias que ha perdonado el furor de las espadas, están prontas para egecutar cuanto dispusiereis, y no dudarán ofrecerse al fuego ni al hierro por salvar vuestra vida.

Agradóme el ayre y el desembarazo del mancebo,

y agradecida á su generosa accion, mandé que limpiasen el navío, y que se dispusiesen para acompañarme. Repartida la gente en los dos navíos, y habiendo mandado á Federico que se pasara al mio, nos hicimos á la vela contentos y satisfechos de la victoria; pero ¡ay de mí, que fué muy funesta para todos! parece que desde entónces se conjuró el cielo contra nosotros. Una furiosa borrasca transportó la nave que nos acompañaba adonde no la vimos jamas; y la que condu-

cia á esta desdichada, anduvo dos dias abandonada al viento y á las olas. ¡Cuantas veces nos vimos á pique de anegarnos! Toda la industria de los marineros no fué bastante, para resistir á la violencia de la tempestad; y se rindiéron finalmente, faltos de fuerzas y de esperanzas de salvarse.

¡Justos cielos! decia yo. ¿Que delito ha cometido contra vosotros esta infeliz, para que así la lleveis errante por estos borrascosos mares? El pérfido Cristerno ha de estar

anegado en delicias y placeres en su palacio, y esta desventurada, que no tiene mas culpa, que haber sido compasiva con su hermano Valdemaro, ¿ha de ser tan tenazmente perseguida?

¡Infelice de mí! estas voces parece que no saliéron de mi pecho, sino para irritar mas la cólera de los cielos. Apénas acabé de proferirlas, cuando un furioso uracan arrebató la nave, y la estrelló contra unas rocas. Hubiera yo perecido irremediablemente, si Federico

que pudo asirse de una tabla, no me hubiera socorrido; pero á pesar de esta fortuna, yo no sentia en mi corazon ninguna esperanza de salvarme. La borrasca, léjos de serenarse, se enfurecia; y en vez de acercarnos á tierra, nos engolfábamos mas. En vano procuraba Federico infundirme alguna esperanza: yo no podia mirar sino la cruel muerte que me amenazaba.

Mas ¡ó providencia inescrutable! despues de haber sido todo aquel dia infeliz juguete de los vien-

tos y de las aguas, llegamos á las costas de Alemania. El viento soplaba mas moderado, y las olas se movian con mas suavidad; comenzáron á disiparse las nubes que obscurecian el cielo; el sol iba estendiendo por el horizonte sus dorados rayos, y nosotros llegamos en fin á poner los pies sobre la enjuta arena.

Aunque fué imponderable nuestra alegría, no tardó mucho á sobrecogernos el mas amargo desconsuelo, viéndonos en un parage desierto, sin recur-

so alguno para restablecernos de la debilidad de nuestros cuerpos. Queríamos subir á lo alto de un montecillo, para ver si descubriríamos alguna choza donde abrigarnos; pero nos hallábamos sin fuerzas para egecutarlo, porque apénas podíamos dar paso sin dolor. Si Federico, mas intrépido, no hubiera tenido valor para subir, hubiéramos perecido sin remedio aquella noche; pero habiendo descubierto una llanura bastante dilatada, y poblada de algunas caserías y otras rús-

ticas habitaciones, nos encaminamos hácia ella.

Llegamos á una quinta bellamente situada, donde para suavizar con las delicias del campo las tristezas de su viudez, vivia con su familia una señora llamada Casimira. Al punto que entrábamos en una grande plaza cercada de pomposos árboles, que habia enfrente de la puerta, salia una señora, en cuyo rostro brillaban á competencia las gracias de la juventud y la hermosura. Cubríale la cabeza un pequeño sombrero de

color azul, ceñido de un rico cintillo de diamantes, y guarnecido por una parte de trémulos penachos, que ofrecian una hermosísima vista: llevaba en la mano derecha con gentil donayre un delgado palo de marfil, y en la izquierda un ramillete de esquisitas flores: circunstancias que añadian un nuevo esplendor á la elegancia de su talle. Llamábase Narcisa, y era la hija de Casimira, que en compañía de dos criadas estaba ya para salir á la ordinaria diversion del paseo.

Si os mueven, señora, á compasion, le dije, los infelices que gimen bajo el peso de una cruel fortuna, muévaos esta desdichada hija del muerto Heroldo, rey de Dinamarca: así conserve el cielo largos años vuestra gentileza. Quedó Narcisa admirada, y tomándome por la mano, me dijo enternecida: aunque no fuerais quien sois, os socorreria con la mayor complacencia: bástame veros reducida á tan infeliz situacion.

Llevónos á una hermosísima sala, donde estaba

Casimira su madre. Era una señora todavía bastante jóven, y en su rostro se descubrian aun restos de hermosura: su vestido era sencillo y modesto, de color obscuro, con que mostraba el desprecio que hacia de los vanos adornos, y cuan rigurosamente observaba las estrechas leyes de la viudez. Estaba entónces con la aguja en la mano, enseñando á bordar á una porcion de jóvenes doncellas, vasallas suyas y habitantes en las caserías comarcanas.

Aquí os traygo, madre mia, le dijo, el presente que mas lisonjea vuestro corazon. Podeis egercitar vuestra noble conmiseracion en estos dos infelices, que acaban de llegar á nuestras puertas á pedir socorro; y si supierais la calidad de sus personas, aun se escitaria mas vivamente vuestra compasion. Bástame saber, ó hija, que son infelices, respondió Casimira: los infelices siempre encontrarán abrigo en mi pecho: vuestro hermano tal vez se debe hallar ahora en situacion no mé-

nos funesta. ¡Ay de mí! dulce hijo mio...

Un arroyo de amorosas lágrimas comenzó á correr entónces por los rostros de madre é hija. Los suspiros que tiernamente despedian, no daban libre salida á las palabras, y se viéron obligadas á callar por un breve rato; pero de allí á poco nos dijo Casimira: sosegaos, hijos mios, y descansad de vuestras fatigas, que en mí hallaréis una madre que sabrá consolaros. ¿Sois hermanos por ventura? No señora, no lo somos, le

respondí. Este es un caballero, á quien soy deudora de la vida que disfruto, y yo soy la desdichada Ulrica-Leonor, hija de Heroldo, rey que fué de Dinamarca, y hermana de Cristerno que actualmente reyna. No lo dudeis; el cielo corte en este instante el hilo de mi vida, si no es verdad lo que acabais de oir.

¿Podré ponderaros los efectos que causáron mis palabras en los delicados corazones de aquellas señoras? La compasion y el respeto andaban en ellas

á porfía, y ambas solícitas iban dando órdenes á las criadas, para que dispusiesen cuanto podia conducir á nuestro regalo. Al instante nos hiciéron mudar los vestidos que llevábamos mojados; é inmediatamente nos fué preparada una sabrosa y abundante comida.

En el discurso de ella me iba preguntando Casimira con discreta sagacidad el orígen de mis infortunios, y los lances que me habian acontecido en el tiempo de mi navegacion; y yo sucesivamente

le iba dando razon de todo lo que habeis oido hasta este punto. Pensaba ser yo la única, me dijo, que con mas motivo podia quejarse de su fortuna, pero ya veo mi engaño. En breve tiempo perdí un hijo á quien amaba tiernamente, y un esposo que era el único apoyo de mis cuidados; pero á lo ménos me ha conservado el cielo en mi propia casa, en donde no me falta mas que la posesion de las dos prendas que lloro. Mis criados me sirven con fidelidad, y me aman con

ternura; y la compañía dulce de esta hija que me ha quedado, suaviza los sentimientos de la muerte del esposo, y los rigores de la pérdida del hijo. Pero vos, ó señora, sois mucho mas infeliz. Perseguida de vuestro mismo hermano, y abrumada con el peso de tantos desastres, no encontrais donde fijar el pie con seguridad, y gozar tranquilamente de la vida que os ha conservado el cielo. Mas ya podeis, señora, vivir sosegada: estad segura de que esta, desde hoy ya vues-

tra casa, os será mas agradable de lo que os ha sido vuestro palacio. Contadme por vuestra amiga, ó por vuestra criada; en lo demas podeis mandar como á señora que os hago desde ahora. Ese caballero á quien debeis la vida, como habeis dicho, quiero que me sea tambien deudor de los ofrecimientos que con toda la sinceridad de mi corazon os acabo de hacer: así conceda el cielo á mi hijo comodidad igual, en donde quiera que se halle.

No pudo aquí Casimi-

ra reprimir las lágrimas. La relacion de mis infortunios le representaba tal vez los que debia de sufrir su hijo, y esta funesta imágen la tenia sin consuelo. En el mismo dia, me dijo sollozando, que contaba mi hijo los dos años de su edad, dí á luz á Narcisa, que es esta que teneis en vuestra presencia; pero el cielo, sea que no supe disfrutar con moderacion el placer que me causaban mis dos hijos, sea que quiso castigar alguna oculta ofensa que le hize, me privó